

Mocoroa, apóstol de la música

Por ANTONIO M. LABAYEN

El 30 de enero de 1959 fallecía en Tolosa su pueblo natal el laureado compositor y organista, maestro don Eduardo Mocoroa Arbilla, a la edad de 91 años.

Su dilatada vida estuvo dedicada, exclusivamente, al cultivo del arte musical en todas sus manifestaciones: tiple en su niñez, instrumentista de banda en los años mozos, profesor de violín en su juventud; y luego organista, director de orfeón y Academia, autor célebre de música religiosa, de obras corales, de piezas para banda u orquesta. Y finalmente creador de "LEIDOR", ópera vasca de la que no se han ejecutado sino fragmentos, pero que por el éxito que han obtenido, presagian el triunfo que alcanzaría la obra completa al ser interpretada en toda su integridad.

La prensa dió cuenta, oportunamente, de la muerte del ilustre músico tolosano dedicando honroso espacio al triste acontecimiento, con detalle del entierro, funerales y demás actos fúnebres que tuvieron lugar en Tolosa.

Esa misma información aunque más resumida fué divulgada por las agencias y radios nacionales y extranjeras rindiendo así homenaje a la memoria del maestro Mocoroa.

No ha de extrañarnos, sin embargo, que las noticias relativas a la personalidad del finado hayan sido incompletas y no reflejen ni recojan la importancia y el rango que alcanzó Mocoroa en la producción musical contemporánea.

Muchos de los triunfos logrados a lo largo de tres cuartos de siglo han sido olvidados o desconocidos por la actual generación. Además, el cambio profundo operado en las aficiones y costumbres públicas hace que la opinión de hoy no preste atención a la labor artística y cultural del momento; y menos, claro está, a la del

pasado, absorbida como está por el cine, el foot-ball y otras competiciones pseudo-deportivas.

Se impone, pues, llamar la atención de las gentes y procurar atraer su mirada hacia aquellas nobles preocupaciones que conmovieron a nuestros predecesores; señalar los afanes e ilusiones que colmaron su vida no exenta tampoco de los agobios y estrecheces materiales, patrimonio de todas las épocas.

Vamos a recordar aquellos tiempos con la actualidad que les presta la desaparición del maestro Mocoroa cuya figura es todo un símbolo. Y a apreciar el valor de la herencia que nos dejaron a fin de que pueda servirnos de enseñanza para lo futuro.

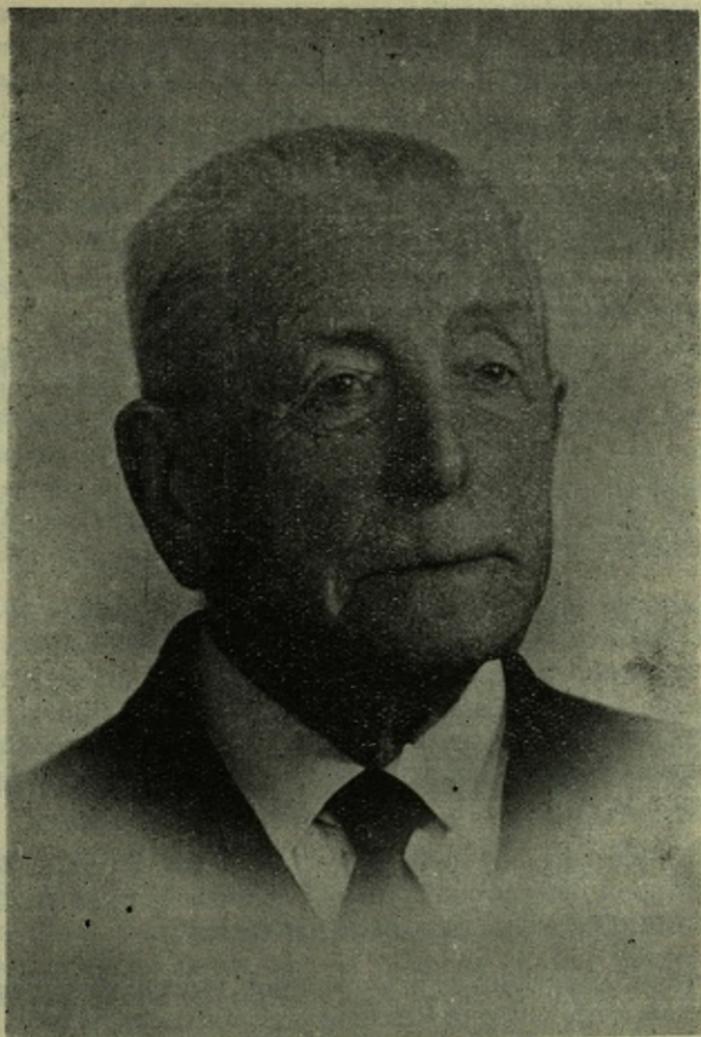
Mirada retrospectiva

Empecemos por emprender un rápido recorrido histórico. Había terminado la segunda guerra carlista en 1876. Al restablecerse la paz, Tolosa se afanaba en restaurar su quebrantada vida social y económica. Felizmente actuaba con eficacia de elemento conciliador el sentimiento religioso de sus habitantes. La misma Fe cobijaba a los hermanos en discordia bajo la sombra protectora de su hermosa iglesia parroquial de Santa María. La institución cultural más trascendente del pueblo era su capilla de Música bajo la dirección del gran don Felipe Gorriti Osambela, quien además regentaba una Academia particular con numerosos alumnos.

Fuera de eso, no se contaba sino con unas cuantas escuelas primarias y alguna que otra secundaria de limitado alcance. No se había fundado aún el Colegio de PP. Escolapios que luego adquirió fama en toda la región y contribuyó a mejorar la educación religiosa y la instrucción del País Vasco-navarro.

En el orden profesional la Música merecía todavía alguna estimación y eran muchos los jóvenes que se preparaban para seguir la carrera musical.

El nombre de Gorriti, ya famoso, ejercía gran atracción y ello explica el crecido número de alumnos que acudieron en aquel entonces a recibir sus lecciones y enseñanzas. Entre ellos figuraron Vicente Goicoechea, Fabián Furundarena, Busca-Sagastizabal, Balerdi, Tomás Múgica, Barcos, los Ugarte (Alfonso y Juan M.) y otros que a través del mundo honraron la singular categoría de su Maestro.



D. EDUARDO MOCORÓEA ARBILLA
(1868-1959)

Está por escribirse todavía la biografía de Felipe Gorriti. El libro que le coloque en el lugar preeminente que le corresponde en la Música española del siglo XIX. Se puede anticipar que en el campo de la música religiosa no hay quien le supere como veremos más adelante. Eduardo Mocoroa tuvo la suerte de caer en manos de tan gran maestro, y llegó a ser su discípulo predilecto.

Había nacido Mocoroa el 13 de octubre de 1868, en modesta familia de artesanos. Radicaron sus antepasados en el caserío "PE-RRATEGUI" cercano al casco urbano; pero la oriundez del apellido proviene del pueblo de Azcarate en el vecino valle navarro de Araiz.

Simultaneando con las primeras letras aprendió los primeros rudimentos de solfeo con don Modesto Letamendía, entusiasta aficionado a la música a la que rindió desinteresado culto componiendo algunos "zortzicos" como "Valencia'ko Negarra" y el "Aranza-zu'ko" que se hicieron populares. Cierta día en que el pequeño Mocoroa cantó algunas estrofas de jota con acompañamiento de banda, con ocasión de una cuestación benéfica, Gorriti se fijó en él y le incorporó como tiple a la capilla parroquial a sus órdenes.

Prendado de las buenas disposiciones del muchacho, le fué formando a fondo en todas las disciplinas musicales. Gustaba de relatar don Eduardo que siendo muy niño salió por primera vez en la procesión de Corpus Christi tocando el saxofón. Como el instrumento era demasiado largo para su estatura y le estorbaba al andar, se veía obligado a ladearlo para poder tocar a compás las notas y seguir la marcha.

Ya sin interrupción cursó con Gorriti los estudios de piano, órgano, armonía, contrapunto, fuga y composición, al propio tiempo que se familiarizaba con otros instrumentos.

Así, practicó el violín con el profesor Murga, de quien recibió las primeras lecciones y perfeccionó más tarde la técnica del difícil instrumento con el maestro Barech de San Sebastián. Durante mucho tiempo acudió varias veces por semana a la capital guipuzcoana a pesar de los escasos medios de locomoción.

El más seguro se reducía al ómnibus de Gregorio "el cochero", padre de Tomás y Rafael Múgica, músicos de relieve, especialmente el primero (muerto recientemente) y que llegó a ser director del Conservatorio de Música de Montevideo.

Con ese noble entusiasmo y asiduidad trabajó el joven alumno Mocoroa no escatimando el estudio y el esfuerzo para completar su educación musical. No es pues extraño que entre los numerosísimos alumnos de Gorriti lo considerase como su discípulo predilecto. Más todavía: fué su amigo y confidente que poco a poco le sustituyó en sus ausencias ayudándole en todas sus actividades profesionales. La prueba máxima de confianza se la dió el maestro entregándole la llave del nuevo órgano en 1885, que el organista titular no dejaba manejar a manos extrañas.

Por ello a la muerte de Gorriti le sucedió Mocoroa en su cargo por derecho propio, siendo nombrado con general asenso Organista y Maestro de capilla de Santa María de Tolosa.

Alegre estudiantina

En medio de la intensa labor de lecciones y ejercicios, los alumnos tenían sus horas de diversión y esparcimiento.

Las más gratas eran las de los paseos que acostumbraban a dar con su maestro; las excursiones a las ventas y molinos de los alrededores de Tolosa.

Discutían de camino problemas de armonía y contrapunto y hasta de estética musical, que terminaban de ordinario con succulentas meriendas y copiosas libaciones.

Mucho se ha exagerado la gastronomía de Gorriti, el proverbial buen apetito de don Felipe. No todo iba a ser música celestial... Refieren que un día encargó una merienda para cuatro personas. Como llegada la hora designada no se presentaran los demás supuestos comensales, don Felipe mandó a la sirvienta fuese trayendo lo encargado, que lo despachó él solo sin titubeos.

Esta anécdota tiene seguramente más de leyenda que de verdad, ya que algo parecido se atribuye a Haendel, el cual en una taberna de Londres cien años antes había hecho la misma faena.

No vamos a decir que a Gorriti y a sus discípulos no les gustase la buena mesa y es fama que el maestro abusaba de ella pero hay que excusarle por la obsequiosidad con que era recibido en todas partes. Maestro y discípulos saboreaban con igual fruición el sabor de un buen queso como la resolución de difíciles acordes, bien resueltas fugas... Rechazaban únicamente el vino agrio y... las quintas paralelas. ¿Qué dirían de 's estridencias de la música actual atonal?

Lo cierto es que tenían que seguir estudiando mucho para progresar en el arte musical y tocando diariamente escalas y ejercicios en los diferentes instrumentos que practicaban.

Hoy día en que priva la especialidad aquel sistema nos parece algo absurdo para alcanzar el dominio que exige cada instrumento. La técnica ha progresado mucho y para poder superar las dificultades se dedican a una sola disciplina instrumental.

Ciertamente, la objeción tiene su fundamento pero no hay que olvidar que en la Academia de Gorriti no se trataba de alcanzar un virtuosismo de concertista, sino de poseer una educación musical completa.

Mocoroa tampoco aspiró a ser un "virtuoso", un divo o ejecutante perfecto, pero consiguió un conocimiento práctico y una ejecución correcta, principalmente en el órgano.

A los 24 años puede dar por lograda su preparación teórica y práctica en el arte musical. Puede lanzarse libremente a competir en torneos y concursos.

Su primer triunfo lo consigue el año 1891 en el Concurso organizado por el Consistorio de Juegos Florales de San Sebastián en el que obtuvo el primer premio con su Obertura para gran orquesta titulada: EUSKAL SONUA.

Su labor de compositor empieza a ser tan apreciada por los entendidos que su obra "BRUMAS DE IZAGA" es acogida e impuesta como obligatoria en el Concurso Internacional de Orfeones celebrado en Pamplona el año 1894.

Vuelve a ser galardonado en los Juegos Florales de Zumárraga en 1899 por sus "Escenas Vascas" para Orfeón.

Había desaparecido el maestro... Surgía el discípulo como una realidad prometedora.

Reputación internacional

Corría el año 1896. En la misma fecha se le designa como director de la Banda de Música y de la Academia municipales; y actúa también de profesor de violín. Era la consagración de la maestría de Mocoroa por parte de sus conciudadanos. Un reconocimiento más honorífico que pecuniariamente compensador. Eso le obligó, no obstante, a quedar definitivamente instalado en su pueblo natal, sin pretender otros horizontes más amplios y mejor re-

munerados económicamente, que le hubiese sido fácil alcanzar en cualquier parte gracias a su talento.

Su única ambición es el estudio, y el cumplimiento de sus obligaciones centradas en su firme vocación artística. Trabaja y compone sin descanso, obteniendo éxitos que traspasan los límites locales. El año 1899 en el Concurso Internacional de Hainaut (Bélgica) es galardonado con cuatro primeros premios concedidos a sus motetes: ¡Oh, Patriarca!, Oh Salutaris, un Ofertorio para órgano y el himno a Santa Cecilia. Con tal motivo es nombrado miembro de honor de la "Académie Artistique Scientifique et Littéraire de Hainaut", concediéndosele la Cruz del mérito artístico belga de 1.^a clase.

No hacía sino continuar la senda seguida por su glorioso maestro Gorriti, declarado fuera de concurso por la "Société Internationale des Organistes" de París después de haber obtenido siete primeros premios y menciones de 1880 a 1883.

El triunfo alcanzado en noble lid en medios extranjeros contribuyó a consolidar su reputación en su patria (1).

La celebridad de Mocoroa se pone de manifiesto en el Concurso Internacional de Orfeones de Zaragoza en 1904, en el que se impone como obra obligada su magnífico e inspirado motete para orfeón "Judica Domine".

Acuden al concurso los Orfeones Pamplonés y Donostiarra, ganando los "Irunxemes" el primer premio.

Mocoroa renuncia a ser miembro del jurado, pero presente en el acto, fué objeto de grandes ovaciones por parte del público. La crítica dedicó grandes elogios a la obra, que no los transcribimos por preferir al elogio de sus compatriotas el juicio que expresó Laurent de Rillé, el hombre más autorizado en el movimiento orfeónico sobre otra de las grandes obras de Mocoroa, *Lamentación de Jeremías*: "Hermosa Lamentación, clásica por su forma, moderna por su sentimiento. La unidad de su concepción, la variedad de sus temas, su interés, su emoción comunicativa, todo en esa obra artística y religiosa merece aplauso sincero."

La misma opinión expresa el periódico "Echo des Orphéons" de París que escribía: "Riqueza armónica, sonoridad vocal, belleza de escritura, hacen de este trozo una de las obras corales más señaladas."

(1) Consigue también ser premiado en un Certamen Musical de Copenhague.

La boga de los orfeones

En aquellos años de final del siglo pasado y comienzos del presente estaban en boga, en pleno apogeo los orfeones de voces viriles. Grandes formaciones de cien y más cantores que interpretaban obras de grandes dificultades y enorme extensión.

En competencia con las sociedades corales francesas y siguiendo en parte el ejemplo de los coros catalanes, se habían constituido en nuestro País conjuntos corales muy nutridos y entusiastas. Mencionaremos tan sólo los nombres gloriosos del "Orfeón Donostiarra", "Orfeón Pamplonés" y "Sociedad Coral" de Bilbao como los más conspicuos.

Tolosa no quiso quedar a la zaga de este movimiento musical y contando con un maestro tan eminente como Mocoroca se fundó el "Orfeón Tolosano" el año 1901.

No pretendemos relatar aquí su Historia ni dar detalles de aquellas competiciones tan artísticas como apasionadas; ni de las muchas incidencias que se produjeron en los concursos en que tomaron parte nuestros orfeones.

Todos ellos llegaron a interpretaciones admirables de gran perfección y efectos sorprendentes que merecieron los más altos galardones. Ensayaban con minuciosidad e increíble tesón y entusiasmo impulsados por el amor propio, por la honrilla local, móviles de los que encontramos analogía en los campeonatos de foot-ball o de otras competiciones deportivas.

Aquella labor artístico-cultural fué plausible, pero también hubo entonces sus "hinchas", los aficionados "enragés" y partidistas, aunque en mucha menor escala que la actual fiebre deportista.

Entonces se andaba a la caza de una buena voz de bajo o de tenor, como ahora se busca con denuedo un defensa o un delantero para un equipo. Lo que no admite comparación alguna son los precios, pues en aquella feliz edad se afanaban desinteresadamente movidos por un ideal. Y la labor que se realizó, descontadas algunas exageraciones, fué magnífica, digna del mayor encomio.

Refiriéndonos a las pugnas hoy afortunadamente olvidadas entre los Orfeones Pamplonés, Donostiarra y Tolosano, en especial entre los dos últimos, hay que reconocer, como lo ha hecho con gran alteza de miras el actual y meritísimo director del Orfeón Donostiarra Juan Gorostidi, en un artículo necrológico dedicado a la memoria de Mocoroca, que los directores de aquellos orfeones,

o sea los maestros Esnaola, Múgica y Mocoroa, se mantuvieron en medio de aquellas luchas artísticas en actitud siempre digna y elevada, guardándose deferencias y cortesías personales, como correspondía a su categoría de caballeros y artistas.

Los citados Orfeones Pamplonés y Donostiarra continúan brillantemente su labor coral con las modificaciones que afortunadamente se han impuesto en la vida musical moderna. Que en ella perseveren progresivamente es el voto que formulamos al saludarles efusivamente desde estas líneas (2).

Disuelto el Orfeón Tolosano en 1913, Mocoroa se dedicó de lleno a su tarea de compositor, en la que descollaba la superioridad de su talento. Hombre de estudio y de gran afición a su carrera, trabajaba sin descanso y seguía de cerca y con gran curiosidad la evolución de la producción musical contemporánea.

Música religiosa

Precisamente por aquellos días se promulgó el trascendental MOTU PROPRIO de Pío X en el que se dan normas precisas para la dignificación de la música religiosa y para corregir ciertos abusos que se habían introducido en el repertorio musical de las iglesias.

Eduardo Mocoroa, hondamente religioso y con gran sentido de la significación de la música en el culto divino, se incorporó al nuevo movimiento litúrgico. Admirador de los polifonistas y de las grandes composiciones musicales de todos los tiempos reconocía, no obstante, la primacía que en su sencillez hay que conceder al canto llano y al estilo gregoriano.

Con un criterio muy ecléctico e interpretando con amplitud el sentido de la reforma, escribió gran número de composiciones religiosas que se divulgaron con rapidez, compartiendo el favor que merecían las del Padre Otaño, con el que colaboró, pues a ambos unía de antiguo una entrañable amistad.

Siguió Mocoroa acudiendo a Congresos y Certámenes que le acreditaron en su calidad de maestro consumado. De su copiosa producción en el género que puede cotejarse en la lista de obras al pie de este estudio, vamos a destacar tan sólo su misa pastoral en

(2) Muy gustosamente nos complace consignar que Mocoroa fué nombrado director honorario de ambas entidades.

sol a tres voces y órgano, publicada por la revista "*Sacro-Hispana*", obra que tuvo mucha difusión y sigue ejecutándose con general satisfacción en el ciclo navideño de nuestros tiempos.

La Misa solemne en honor de San Juan Bautista, a 4 voces mixtas, coro popular y órgano, grandiosa e inspirada composición que no falta en las grandes misas mayores de Santa María de Tolosa y ha sido cantada con perfección en varios Seminarios y Catedrales.

Es lástima que esté todavía inédita, pues de haberse publicado facilitándose sus copias, figuraría por derecho propio en el repertorio de todas las grandes iglesias. En la forma de misa con coro popular es muy superior a otras que se cantan entre nosotros.

Mocoroa es no tan sólo un buen autor, sino que puede afirmarse que en música religiosa, después de la reforma del "*Motu Proprio*", es lo que fué Felipe Gorriti antes de promulgarse la misma: una de las más altas figuras musicales en su género.

Como hemos apuntado más arriba, está por hacerse todavía la valoración de la música religiosa española en el siglo XIX.

Impera una estimativa poco exacta de las obras al uso. Eslava es tal vez la figura más conocida, si no la de mayor relieve. Sin negar los méritos del gran D. Hilarión, de todos apreciados, nos atrevemos a opinar que comparando los misereres y misas de los dos compositores navarros, la ventaja queda en conjunto a favor de Gorriti, como no han dejado de advertir algunos buenos conocedores de esas obras. Y como recientemente oíamos decir a un crítico musical muy sagaz, "de no ser Hilarión Eslava no sé quién pueda disputar a Gorriti la supremacía musical en la música religiosa española del siglo XIX."

Su Magnificat, sus Misas en do mayor y en si bemol; sus Misereres; sus obras polifónicas: "*Christus Factus*", "*Salve*" Solemne, etc., etc., son piezas que pueden parangonarse con las mejores del repertorio universal.

Un árbitro en la cuestión debiera ser el Instituto Español de Musicología que tanto está contribuyendo a esclarecer el pasado de nuestra Música, y podría promover el estudio de la obra de Gorriti. Mocoroa recibió la plenitud de enseñanzas de tan gran maestro. Y aunque dotado de otro temperamento y actuando en otras circunstancias, fué digno discípulo del eminente compositor de Huarte-Araquil.

Música popular coral y teatro lírico vasco

Una mención especial merece la obra de Mocoroa en el campo coral vasco. Poniendo a contribución su fecunda inspiración o bien utilizando melodías populares, compuso y armonizó gran número de piezas que han figurado constantemente en los programas de nuestros orfeones estos últimos 50 años.

Las tituladas "*Nere Doñuak*" y "*Gure Izkuntza*", concebidas como suites en cuatro tiempos, tuvieron gran popularidad a fines del pasado siglo. La letra euskérica de la última composición pertenece al popular vate Valeriano Mocoroa, primo de don Eduardo y que colaboró con él en muchas ocasiones, y a Emeterio Arrese la primera.

Además de las señaladas compuso Mocoroa seis obras corales a 6 y 7 voces mixtas entre las que descuellan: "Orra, Orra Olen-tzero" y "Txoriñua" (1918), dedicada esta última al Orfeón Donostiarra. Los temas folklóricos nacionales estaban entonces muy en boga en Europa. La zarzuela española es en gran parte manifestación de ese fenómeno. Esa tendencia se acentúa y prolifera entre nosotros bajo la influencia didáctica de Felipe Pedrell, produciendo una pléyade de artistas de la talla de Albéniz, Granados, Falla, por no citar sino los más conspicuos.

Surgen también en el País Vasco cultivadores insignes que como R. Azkue, el P. Otaño, José Antonio Donostia, Olaizola y otros, que juntamente con Eduardo Mocoroa incrementan el acervo cultural vasco.

Pero la labor de Mocoroa va a culminar en su obra cumbre "LEIDOR", drama lírico en cuatro actos y epílogo.

Ya antes del final del siglo precedente se habían hecho ensayos de óperas vascas. "Pudente" del maestro Santesteban y "Txanton Piperri" y "Amboto" de Zapiain continúan esa trayectoria, que había de madurar en la mente del malogrado Usandizaga y de su compañero Guridi, autores ilustres de "*Mendi-Mendian*", "*Miren-txu*" y "*Amaya*", representadas con gran éxito.

En el espíritu de Mocoroa se estaba también germinando un drama lírico vasco. Conocía la dificultades de la empresa pero su maestría, tesón y capacidad de trabajo eran capaces de vencer el empeño. Así sucedió. Mocoroa no dejó en sus años de actividad de trabajar y perfeccionarse en el arte musical.

El genio de Wagner no pudo menos que subyugarle y estudió

a fondo su obra y sus teorías sobre el drama musical. Tenía entre manos sus partituras. Y transcribió fragmentos para órgano que gustaba de ejecutar con frecuencia. De modo que se familiarizó con sus procedimientos armónicos y de orquestación. También su curiosidad y afán de progreso le llevaron a estudiar los autores de las modernas escuelas rusa y francesa. Todo ello le serviría para mejorar sus propias concepciones musicales. Escogió como tema lírico el texto poético de su dilecto amigo, el poeta laureado Emeterio Arrese.

“ZARA” se tituló en principio la obra basada en la fabulosa historia o “Canción de Lelo”; sobre supuestos episodios de la legendaria guerra romano-cántabra. Tema casi mitológico que se presta a una escenificación surrealista.

Trabajando intensamente pudo Mocoroa terminar su primera versión de “Zara” en 1913. Dicho año se celebraban las llamadas “Fiestas Eúskaras” que acostumbraba a organizar la Diputación de Guipúzcoa en unión de los Ayuntamientos. Para dar brillantéz y altura a aquellos actos que tocaba celebrar en Tolosa, se decidió ofrecer una audición parcial de la nueva, por el *Centro Musical Tolosano*, como final de aquellas memorables fiestas.

Desgraciadamente la escasez de elementos orquestales, la falta de ensayos en los cantantes solistas y otras penurias de organización impidieron que “Zara” obtuviera el éxito a que era acreedora.

Pero, no obstante, aquel ensayo sirvió para descubrir una obra lírica de gran aliento y para consagrar a un compositor dispuesto a escalar las más altas cimas de la música.

Lejos de dejarse abatir por las contrariedades de aquellas jornadas y después de tomarse algún descanso, prosiguió con nuevos bríos el camino emprendido. Rehizo de nuevo la partitura y completó su instrumentación, pues también el poeta había modificado el primer libreto. En suma: tras años de constante esfuerzo surgía de nuevo la ópera bajo el título definitivo de “Leidor”, nombre con el que le conocerá u olvidará la posteridad.

¿Qué importa? Se puede recordar aquí la recomendación que el insigne Liszt magnánimo descubridor y protector de colegas en el arte, hiciera en una carta a su amigo Smetana:

“La más elevada misión del artista es la de perseverar en todo momento en el íntimo convencimiento del logro del Bien y de la Belleza y su consiguiente expresión y desarrollo.”

Hacia el triunfo

Habían transcurrido más de veinte años desde que Mocoroa iniciara su obra lírica. Pero al fin pudo darla por terminada con la satisfacción interior del trabajo realizado. Tengo bien grabada la impresión que nos causó a los que asistimos a la audición de la obra en el estudio del maestro Figuerido en San Sebastián.

Tocaban la partitura al piano a cuatro manos el propio autor e Ignacio, su hijo y digno continuador del linaje.

Figuerido, que a la sazón dirigía la Orquesta Filarmónica de San Sebastián, quedó prendado de la riqueza musical de "Leidor", que acabábamos de escuchar. Quiso darla a conocer en seguida, y sobre la marcha encargó a su autor le preparara una versión sinfónica de una de sus partes que con el nombre de "Sorgin-Ots" la ejecutó con su orquesta los años 1935 y 1936 en Tolosa, San Sebastián, Eibar e Irun. El gran éxito alcanzado se comprueba leyendo los juicios y críticas aparecidos en los periódicos. Pareció se acercaba el momento de intentar una representación íntegra de la obra pero a causa de las perturbaciones sociales y políticas que pronto se produjeron, hubo que desistir del propósito.

Terminada la guerra, que no es placentero recordar, comenzó un nuevo periodo que el futuro juzgará. En 1942 tuvo el Ayuntamiento de Tolosa la feliz iniciativa de rendir un grandioso homenaje a Eduardo Mocoroa, nombrándole hijo predilecto de la Villa.

En aquella solemne ocasión se organizaron diversos actos: Misa Mayor, entrega de diplomas, banquete, discursos, etc.

Recojo aquí tan sólo para darle un cálido aire vernáculo a esta crónica la inspirada poesía que le dedicó su entrañable amigo y colaborador Emeterio Arrese y que dice así:

BIOTZ-AGURRA

Negu beltzean egoten oi dan
bezela txantxangorria,
otzikaraz ta mutu zegoken
nere barrengo txoria.
Gaur bat batean suspertu zaidak
Gaur egun zoragarria,
lengo isillaren orde z nik orain
abestaldi berezia.

Goibel-nagirik ez emen,
Baizik zorion uztargi,
ta uztargipean gure biotzak
atsegiñaren ur bizi.
Iturri denak mingain zetortzik,
bizkor, eretsu ta garbi,
gu, beraz, emen, zorionezko
ibaian danok igari.

Es justo encomiar al Gobierno Español que al año siguiente —1943—, concedió a Eduardo Mocoroa la Cruz de Alfonso X el Sabio.

El número culminante del programa lo constituyó el concierto celebrado en el Teatro Gorriti en honor de Mocoroa: dos nombres unidos en un mismo destino. Dió brillantéz al acto el concurso de la Orquesta Filarmónica de Bilbao en pleno, a las órdenes del maestro Arambarri, admirador de la labor de Mocoroa. Entre otras obras interpretó dicha agrupación la suite de Sorgin-Ots de la ópera "Leidor", que tuvo, como es fácil deducir, una acogida apoteósica. Y no tan sólo por la ocasión en que se ejecutaba, sino porque, en verdad, en nada desmerece de las oberturas, preludios, postludios y demás obras para gran orquesta. Por ello la Filarmónica la viene tocando con frecuencia desde entonces y la ha dado a conocer a los públicos de Bilbao, Coruña, León, Zaragoza, Sevilla, Vitoria, Haro y en cuantas poblaciones visita en sus tournées artísticas.

Lenta pero firmemente, "Leidor" va abriéndose camino. El año 1950 la Orquesta del Conservatorio de San Sebastián, dirigida por don Ramón Usandizaga, estrenó otros fragmentos de la obra reunidos a modo de tríptico sinfónico titulado "Iruko", que entusiasmó al público por su fina inspiración, robusta construcción y variedad de colorido orquestal y ritmo.

Finalmente, al celebrarse el VII Centenario de la fundación de Tolosa en septiembre de 1956, la Escolanía Gorriti, con la colaboración de destacados solistas y de la Orquesta Filarmónica de Bilbao bajo la dirección del joven maestro tolosano, discípulo de Mocoroa, Xabier Bello Portu, interpretaron los trozos corales y de conjunto más importantes de "Leidor", finalizando con la patética marcha de "Alos-Torrea" entre los entusiastas aplausos de la enorme concurrencia que llenaba la iglesia de San Francisco.

La más reciente confirmación del éxito de "Leidor" cuantas veces es escuchada, nos la dió el concierto que a fines de 1958 ofreció la Orquesta del Conservatorio donostiarra que dirigió Bello Portu. Tuvieron que repetirse varios números. Bien es cierto que tuvieron una ejecución acabadísima en la que el maestro Bello Portu revalidó su gran clase de director, a la que le auguramos muchos triunfos.

Hemos resumido a grandes rasgos la gestación y el dificultoso recorrido de "Leidor". Ese ha sido con frecuencia el sino de muchas obras que hoy nos parecen famosas e indiscutibles.

Las diversas pruebas a que ha sido sometida la obra son garantía de su calidad artística, de su ponderado desarrollo y original concepción. "Leidor" no sólo merece ser llevada a la escena, sino que tenemos todos, en la medida que nos corresponda, la obligación de estrenarla a la mayor brevedad, por ser un legado que un pueblo civilizado no puede malbaratar; y como supremo homenaje al maestro Mocoroa y al enaltecimiento de su memoria.

Los directores da la vida musical guipuzcoana: Junta del Conservatorio, Centro de Atracción y Turismo, Diputación y otras entidades oficiales tienen la palabra.

Coda

Ya no nos resta más que decir algo del hombre, ejemplar padre de familia, sencillo y modesto en sus costumbres. Cumplidor con creces de las obligaciones de su cargo. Y a fe que son muchas y mal retribuidas las de un organista que tiene que actuar todos los días y hasta en las más insignificantes novenas. Miembro activo de las asociaciones piadosas, caballero cristiano, siempre se mantuvo alejado de las intrigas y envidias que de ordinario estropean la vida de los músicos profesionales. Único superviviente del círculo de amigos de juventud, estaba ya hace años retirado de la vida social.

Su esparcimiento preferido en tanto le permitió su robusta naturaleza fué su diaria excursión al Santuario de Izaskun.

No en balde fueron siempre sus familiares custodios de la Virgen Patrona de Tolosa. El himno popular y la estrofa a varias voces que le dedicó con motivo de su Coronación, son composiciones

afortunadas que se cantarán con fervor mientras perdure la devoción mariana del pueblo tolosano. Vale decir de por vida.

Mocoroa contribuyó a elevar el ambiente musical del País y dio instrucción filarmónica a muchos cientos de niños y adultos. Entre sus discípulos que recibieron de él una formación superior, algunos de los cuales se han citado antes, destaquemos a don Norberto Almandoz, canónigo y director del Conservatorio de Sevilla. Nunca suele ser debidamente apreciada la labor didáctica y educativa de los maestros. Y ya que de ella hablamos, sería imperdonable no mencionar aquí el benemérito nombre de Patxi Arrieta, el bondadoso profesor y violinista que actuó en la época de Mocoroa y al que debemos agradecimiento por la santa paciencia que tuvo con nosotros y la afición a la Música que nos inculcó. Y detalle significativo: Patxi Arrieta, menestral —fabricante de guantes para el juego de rebote—, modestísimo funcionario y maestro que cobraba unos honorarios irrisorios, dejó al morir varios instrumentos y una espléndida biblioteca para violín y orquesta de cuerda, que pasó a la Academia Municipal de Música de Tolosa. Sospecho que muchos grandes Conservatorios no tienen una colección de cuartetos tan completa.

Con esto daremos fin a estas notas biográficas cuyas deficiencias reconozco. Para subsanarlas hemos añadido al pie de estas líneas la lista de las obras más importantes de la producción musical de Eduardo Mocoroa. Se aproximan a doscientas, cifra muy considerable por su número como por su calidad. Y debemos añadir que de no ser por "Leidor", ópera que absorbió la capacidad de trabajo de sus últimos años, Mocoroa hubiese duplicado su producción normal de otras composiciones musicales.

Felizmente para todos deja un heredero de su arte y de sus virtudes en su hijo Ignacio Mocoroa Damborenea, notable organista y compositor de raza como su padre. La labor que ya lleva realizada, y la que esperamos de la madurez de talento en que ahora se encuentra, permite formular los más gratos vaticinios (3).

Hemos resumido en esta reseña la figura y obras del maestro don Eduardo Mocoroa para que otros críticos más capacitados puedan ultimar un estudio más acabado y técnico de su personalidad en el campo de la Música de su tiempo.

Descanse en paz el apóstol de la Música y reciba nuestro sentido homenaje por su vida fecunda dedicada a la más noble de

las Artes; por su fidelidad a su Tierra, a su lengua y a sus tradiciones; por el profundo amor que profesó a su Fe y a su pueblo natal.

Tolosa, marzo 1959.

BIBLIOGRAFIA

Carta de Laurent de Rillé a E. Mocoroa.

Revista "*l'Echo des Orphéons*" de París.

Artículos de periódicos de la época (1890-1959).

Bello Portu, J. "Gorriti en París". — En "Homenaje a Julio de Urquijo". Tomo III. 1951.

Revista "Euskal-Erria". 1891-1915. San Sebastián.

Revista "Euskal-Erriaren alde". 1911-1913-1931. San Sebastián.

Arrese, Emeterio. "*Nere bidean*". Tolosa, 1913. (Tolosa, E. López).

"Yakintza". — 1936.—I "Leidor".

(3) Se hablará de los Mocoroa "el viejo" y "el joven" como se distingue a los Couperin y otras familias de artistas.

Principales obras de Eduardo Mocoroa

OBRAS RELIGIOSAS

Misa en si bemol, a 3 voces mixtas y órgano, dedicada a Gorriti.

Misa Pastoral en sol, a 3 voces y órgano.

Misa "In honorem Sancti Joannis Baptistae", a 4 voces mixtas, coro popular y órgano.

Misa en re, dedicada a Ntra. Sra. de Izaskun, a 3 voces de hombre y órgano.

Misa a 2 y 3 voces blancas.

Dos misereres a 5 y 6 voces mixtas.

Salve a 4 voces mixtas y órgano.

MOTETES

"Judica Domine", para Orfeón (Obra impuesta en el Concurso Internacional de Zaragoza en 1904).

"Lamentación" de Miércoles Santo, para Orfeón.

"Veni Creator", a 4 voces mixtas.

"Oh Patriarcha!", solo y órgano.

"Cantate Domino", a 3 voces y órgano.

"Et hymno dicto", a 3 voces y órgano.

"Et venit ad discipulos", a 3 voces y órgano.

"Ave Verum", a 4 voces y órgano.

"Himno a Santa Cecilia", a 4 voces y órgano.

"Himno eucarístico popular", a 4 voces y órgano.

"Canto a Ntra. Sra. de Izaskun", con estrofa, a 4 voces y órgano.

"2 Rosarios", a 3 voces mixtas y banda.

Varias Avemarias, Salves, Tantum ergo, Oh Salutaris, etcétera, etcétera, a solo, coro y estilo popular.

Tema y Variaciones para gran Órgano.

Preludio y Fuga sobre el Amén de la Misa de Angelis para órgano, Plegarias, Elevaciones, Versos de Vísperas, etc., etc., para órgano y armonio.

MUSICA PROFANA

“Brumas de Izaga”, para orfeón, obra obligada en el Concurso Internacional de Orfeones de Pamplona en 1894.

“Nere doñuak”, suite en 4 tiempos para orfeón (letra de E. Arrese). Zumárraga, 1899.

“Gure Izkuntza”, suite en 4 tiempos, para orfeón (letra de V. Mocoroa).

“Euskal Soñua”, sinfonía para Orquesta, premiada en el Concurso de Juegos Florales de San Sebastián en 1891.

“Ordizia”, obertura para banda.

“Aires Vascos”, pot-pourri para banda.

“Dos Canciones Vascas”, para banda.

“Gabon Zar”, zortziko para banda.

Varios números para banda, marchas fúnebres, etc.

“Liñu apaintzalleak”, coreografía y orquesta.

“El violín del ciego”, ballet y orquesta.

“La Dama de Murumendi”, orquesta, canto y coreografía.

“Leidor”, ópera (drama lírico en 4 actos y epílogo).

“Sorgin-Ots”, fragmento sinfónico del primer acto de “Leidor”

“Iruko” (tres preludios de “Leidor”).

COROS POPULARES VASCOS

“Txoriñua”, a 6 voces mixtas (dedicada al Orfeón Donostiarra).

“¡Orra, Orra!”, a 6 y 7 voces mixtas.

“Sota, Zaldun, Erregue”, a 6 voces mixtas.

“Txantxibilin”, a 6 voces mixtas.

“Lau Txantxangorri”, canon a 4 voces mixtas.

“Gona Gorria”, a 3 voces iguales.

“Bautista Basterretxe”, a 3 voces iguales.

“Nere etorrera”, a 3 voces iguales.